bres llevasen á su hija á la sinagoga, se ha encerrado allí con ella y ha prohibido que abriese nadie las puertas ó las ventanas. Ha reunido los libros santos al lado de la silla de Sarah, luégo ha tomado una espada de combate, la ha blandido nueve veces alrededor de la cabeza de Sarah, ha puesto un pergamino lleno de signos sagrados en el vientre á su hija y ha colocado la espada á su izquierda. Despues ha abierto el arca santa, ha cogido el Pentateuco con la mano izquierda y con la otra ha abierto una ventana. En seguida ha puesto el Pentateuco sobre la mesa, alumbrado por seis bujías negras, se ha arrodillado y ha invocado el nombre de Dios y de todos los ángeles. Por último, ha cogido el Schophar y ha soplado tan fuerte que parecía anunciar la llegada del Mesías. Apénas ha comenzado á tocar, han llamado á la puerta con tal fuerza que parecía que llamaban con sus alabardas cien alabarderos.

—Abrid, abrid, os lo ruego,—decía una voz que infundía lástima; —abrid, sed humanos, que me muero; abrid, soy yo, es Elsje.

Nadie se ha atrevido á abrir. Ha seguido el rabino Aboab orando é invocando á Dios y á todos los ángeles hasta perder la voz, logrando que Sara se tranquilizara y arrojase por la oreja derecha un licor negro como tinta.

—¡Alabado sea Dios!—dijo el rabino Aboab,—mi hija se ha salvado. La condujo á la cama, y se ha levantado esta mañana tan bella y tan sana como ántes; nada sabe de cuanto ha pasado; se imagina que ha estado dormida mucho tiempo. La vieja Elsje ha llegado á la media noche á casa, pero al poco rato ha caido redonda; ha quedado muerta.